GRACIA

OTORGADA POR LA STA. SEDE A LOS DIRECTORES ECCOS. DE LAS CONFERENCIAS DE SN. VICENTE DE PAUL.

"Los Directores de la Asociación, pueden conceder a los Crucifijos de las Sras. de la Caridad, la indulgencia plenaria en artículo de muerte, en favor de las mismas Sras. y de los enfermos que ellas visiten; de manera que el mismo Crucifijo puede servir para muchas personas."

PIO X, 29 DE SEPBRE. DE 1905.

INDULGENCIAS concedidas a las Sras. de la Caridad.

1° Indulgencia plenaria en el día de su admisión en la Asociación.

2° Indulgencia plenaria a todos los miembros del Consejo general de París, así como también a los miembros de los Consejos particulares, ya de París, ya de otras poblaciones, que hayan asistido a las reuniones del mes,

3.° Indulgencia plenaria a todas las señoras activas, aunque sean del Consejo, que hayan asistido a las asambleas del mes.

4° Indulgencia plenaria a todas las Señoras de la Caridad, activas y contribuyentes u honorarias en las fiestas siguientes: 1ª la Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen; 2ª la Traslación de las Reliquias de S. Vicente de Paul, Domínica segunda de Pascua; 3ª San Vicente de Paul, 19 de Julio, a condición de asistir a la Misa y a las asambleas de la Asociación de dichas épocas.

5° Indulgencia plenaria en el artículo de la muerte a todos los miembros y a los bienhechores de la Asociación.

6° Indulgencia de siete años y siete cuarentenas, a las señoras activas, cada vez que visiten a una familia pobre, una escuela o taller de pobres, o hagan cualquier otra buena obra según el espíritu de la Asociación, así como también cada vez que asistan a la Misa celebrada por una señora de esta obra, difunta, o al entierro de un pobre.

Todas estas indulgencias son aplicables a los difuntos por vía de sufragio.

Las misas pueden ganarse aún en los lugares en que no se halle establecida la Asociación, con tal que las Señoras de la Caridad cumplan allí con las obras ordinarias de la Asociación, en cuanto se lo permitan sus circunstancias.

7° Indulgencia plenaria cada mes a todas las personas que den al Consejo general de París una cotización determinada.

8° Indulgencia parcial de siete años y siete cuarentenas cada mes, a todas las personas que hagan cotización determinada a los Consejos particulares.

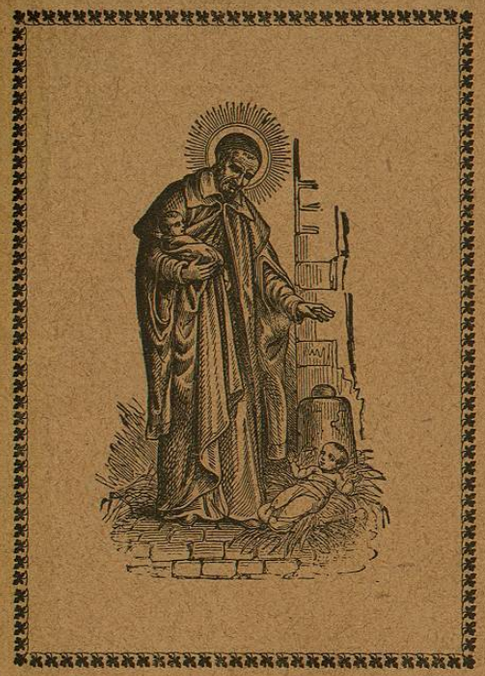
9° Indulgencia de un año cada mes, a todas las personas que se obliguen, por escrito o de otra manera, a dar una cotización determinada, ya al Consejo general, ya a los Consejos particulares.

10° Indulgencia de siete años y siete cuarentenas, cada mes a todas las personas que hayan colectado una ofrenda para la obra, en el día en que hayan hecho la colecta.

MEMORIA DETALLADA

DE LAS OBRAS DE CARIDAD DE LAS CONFERENCIAS DE

SAN VICENTE DE PAUL,



de Señoras, de la - - -
Arquidiócesis, que - -
presenta el Director -
Diocesano, Pbro. - - -
Francisco Quintana, -
al Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr.
y Mtro. - - - - - - - -

D. FRANCISCO OROZCO Y JIMENEZ,

Digmo. Arzobispo de Guadalajara;

y que comprende de 1º de junio de 1923 a 31 de mayo de 1924.

GUADALAJARA, JAL.

Tip. "La Mercantil" S. A., Liceo 235.

PIO IX, PAPA.

Para Perpetua Memoria.

Ejerciendo el cargo de Vicario de Aquel que vino a traer fuego a la tierra, y que no desea otra cosa más que se propague este fuego, acostumbramos fomentar con muy buena voluntad todo lo que por su naturaleza mantenga y aumente la caridad cristiana. Por esta razón el Superior general de la Congregación de los Sacerdotes de la Misión, habiéndonos expuesto poco ha, que con el fin de aumentar el número y el celo de las Señoras llamadas de la Caridad, para el socorro de los pobre enfermos, deseaba ardientemente que nos dignáramos comunicar a perpetuidad a la dicha Sociedad de estas Señoras, las indulgencias y gracias espirituales concedidas por nuestro predecesor, de santa memoria, Gregorio XVI a la Sociedad de hombres establecida también por San Vicente de Paúl para el socorro de pobres enfermos: Nos, hemos juzgado conveniente acoger favorablemente súplicas y deseos tan piadosos. En consecuencia, Nos, confiando en la misericordia de Dios Omnipotente, y en la autoridad de sus bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo, y queriendo, en cuanto está en Nos, excitar a la práctica de estas obras de caridad, extendemos a perpetuidad, concedemos y otorgamos a la Sociedad de las Señoras de la Caridad, fundada por San Vicente de Paúl, todas y cada una de las indulgencias, remisiones de pecados, relajaciones de penitencias, y las demás gracias espirituales otorgadas a la Sociedad de los hombres para el socorro de los pobres enfermos, por el Papa Gregorio XVI, de feliz recordación, por las Letras apostólicas expedidas en forma de Breve, el 10 de enero y el 12 de Agosto de 1845: con tal que las dichas Señoras cumplan, en cuanto su instituto se los permite, todas las condiciones prescritas en las dichas Letras Apostólicas de Gregorio XVI. No obstante nuestra regla y la de la Cancillería Apostólica de no otorgar Indulgencias AD INSTAR, y no obstante las constituciones y ordenanzas católicas y cualesquiera otras cosas en contrario. Nos, queremos, además, que se dé a las copias o ejemplares de estas presentes letras, aun impresas, suscritas por las manos de un notario público, y selladas con el sello de una persona constituida en dignidad eclesiátsica, la misma fe que a estas mismas presentes letras, si fueran exhibidas y mostradas.

Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del pescador, el 16 de Julio de 1850, y quinto de nuestro Pontificado.

A. Card. LAMBRUSCHINI.

† Lugar del Sello.

Visto y Aprobado por Nos.

Muy Ilustre Señor Vicario General, Protonotario Apostólico, Dean y Dr. D. Manuel Alvarado:

Señores:

No hace aún cinco años que en la monumental Basílica de S. Pedro, de Roma, desarrollábase una imponente y conmovedora ceremonia.

Era el 9 de mayo de 1920 Muchedumbres de gente habían acudido en grandes oleadas al augusto recinto; considerable número de Cardenales, Obispos y Prelados y Príncipes habían asistido a la celebración del Santo Sacrificio de la Misa; habíase dado lectura a un Breve de Beatificación, y el Te Deum laudamos habíase entonado; cuando a la vez que, en el altar de la cátedra se descubre una imagen, se oye, entre el estruendo de los tambores y trompetas, una atronadora invocación: Beata Luisa de Marillac, rogad por nosotros.

Era que el Pontífice de la Cristiandad, el Papa Benedicto XV, (de santa memoria) postrado ante aquella Venerable imagen y con los ojos fijos en ella la había invocado primero, inundado su corazón de arrobadoras esperanzas de bienestar para su Iglesia desolada; era que acababa de inscribir un nombre más en el catálogo de los Bienaventurados, declarando solemnísimamente, en medio de los majestuosos ritos de la liturgía cristiana, que Luisa de Marillac, o sea, una socia de las Conferencias o Cofradías de la Caridad, merecía los honores de los altares.

Invocación tan consoladora la repetimos nosotros al principio y al fin de nuestras sesiones; pero nuestra Venerable hermana es todavía poco conocida de nosotros y por eso ahora que el Consejo y las Conferencias encuéntranse reunidas aquí, en torno del Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo, dignísimamente representado por su M. I. Señor Vicario General, para darle cuenta de las obras practicadas en la Arquidiócesis, durante el año

1923-1924, me propongo bosquejar, siquiera a grandes rasgos, la figura luminosa de la digna émula de S. Vicente de Paul, en la realización de sus empresas caritativas.

Con motivo de la guerra de los Treinta Años, surgieron grandes problemas sociales que reclamaban prontas y eficaces soluciones. El hambre asolaba a Francia y a tal grado que, en 1614, y en pleno parlamento llegó a asegurarse que había aldeanos que estaban reducidos a pacer la hierva de los campos a manera de las bestias. Esta aserción de los diputados del estado no puede tomarse como una diatriba ni como un encarecimiento oratorio; pues Vicente de Paul, refiriéndose a la gente pobre del campo, exclamaba: «Oh, cuánto es lo que se sufre en Francia! Si miro a un lugareño o a una pobre mujer, atendiendiendo únicamente a su exterior o a lo que en el exterior se trasparenta de su espíritu, le veo tan embrutecido y materializado que apenas puedo distinguir en ellos figura ni señal de criatura racional». [1]

Tras el hambre vino, como consecuencia necesaria, la enfermedad con su séquito de horrores a cebarse en los organismos debilitados de los abatidos supervivientes. Semejantes dolores y miserias conmovieron de intensa manera el corazón todo bondad de Vicente de Paul y su inspiración genial lo llevó a combatir con la caridad las desgracias producidas por el hambre y las enfermedades

En Chatillón, humilde parroquia encomendada a sus cuidados, fundó en 1617, al soplo vivificante de la compasión que le inspiraba la enfermedad de uno de los miembros de una familia entera, la primera Cofradía de la Caridad, la cual fué como un pequeño grano de mostaza que, sepultado en la tierra, muy pronto germinó, y creció y se convirtió en un corpulento árbol de frondosas ramas. Efectivamente, habiendo pasado, poco después, a la Casa de los Gondi, estableció Cofradías en las treinta aldeas de sus dependencias; y habiendo volado, en alas de la fama, la noticia de los importantes bienes que tales Cofradías importaban a los menesterosos, se difundieron en las diversas parroquias de la diócesis de Lyon, y cundieron rápidamente a otras diócesis, como las de Chalons, Chartres, Seulis, Soissons, Meaux, Beauvais y París.

La caridad, pues, había extendido ya sus dominios desde Chatillón hasta París y, como las cosas humanas tienden, de suyo, a decrecer, Vicente comprendió que el egoísmo u otra pasión podía arrebatarle la zona de sus conquistas y que, para mantenerlas produciendo siempre copiosos frutos, necesitaba ejercer una constante y asidua vigilancia sobre todas y

]1] Ab., t. I, p. 17.

cada una de ellas, necesitaba un genio. Sí, un genio las había fundado y elevado a grande altura y era indispensable otro genio que las conservase florecientes. Pero, ¿dónde y cómo encontrarlo?

Dios que había bendecido a Vicente en su obra primogénita desde sus comienzos, no había de negarle un poderoso auxiliar y no se lo negó: le deparó una colaboradora insigne en una mujer inteligente, activa y virtuosa, desligada de los lazos de familia y animada del espiritu apostólico: Luisa de Marillac.

Luisa, nacida en París y noble vástago de la casa de los Marillac, de la alta Aubernia, «desde los primeros años de su matrimonio aplicábase a visitar los pobres enfermos de la parroquia a que pertenecía. Llevábales por sí misma caldos y medicamentos, hacíales las camas, les instruía y consolaba con sus exhortaciones, les disponía a recibir los Sacramentos y los amortajaba cuando morían. No se contentó con asistir a los enfermos en sus casas, iba a verlos en los hospitales, prestándoles con sus manos los servicios más bajos y penosos». [1]

A raíz de su viudéz, impulsada por los hábitos de caridad de toda su vida, habíase dirigido a Vicente pidiéndole con todo su corazón que la recibiese en el servicio de los pobres y, mujer como lo era, de grandes alientos, no pudiendo resignarse a llorar, cruzada de brazos, los dolores y las miserias de sus prójimos, habíale instado por segunda y tercera vez que le permitiese consagrarse totalmente a ellos.

Vicente, después de madura reflexión y como inspirado por el cielo, no solamente la acepta, sino que le confía el cuidado y la visita de las Cofradías. «Partid, pues, Señorita, le escribe con fecha 6 de mayo de 1629, partid en nombre del Señor. Ruego a su divina Bondad que os acompañe, que sea vuestro solaz en el camino, vuestra sombra contra los ardores del sol, vuestro techado en las lluvias y en el frío, vuestro lecho en el cansancio, vuestra energía en los quehaceres, y que por último, os vuelva con perfecta salud y llena de buenas obras». [2]

I Luisa parte luego, jubilosa, al cumplimiento de las caritativas funciones que le fueron encomendadas. En la misión de visitar a las Cofradías, muchísimas veces se transportó a pie y siempre llevando consigo grande provisión de lienzos y medicinas. A donde quiera que llegaba, juntaba las socias de la Cofradía allí establecida y las instruía en sus deberes y las inflamaba en el fuego con el celo de sus alocuciones; visitaba a los pobres y les distribuía alimentos y ropa; formaba maestras de escuela y ella misma enseñaba la doctrina cristiana a las niñas.

[1] L. de M. t. I. p. 8.
[2] C. de Rich., p. 70.

En una palabra, velaba por la fiel observancia del reglamento y, en especial, por la de aquel punto en que Vicente. sobrepujándose a sí mismo, expone la manera como deben ser tratados los pobres y que, a la letra, dice:

«I todas las Señoras de la Caridad, un día cada una, por orden, se encargarán de visitar a los enfermos.... aquella a quien toque el turno, prevenida de lo que haya menester en casa de la Tesorera para la alimentación de los pobres, arreglará la comida, la llevará a los enfermos y les saludará alegre y cariñosamente, acomodará una tablita sobre el lecho, pondrá encima una servilleta, un vaso, un cubierto y pan.... echará el caldo en una escudilla, colocará las viandas en un plato y acomodándolo todo sobre la referida mesa, convidará dulcemente al enfermo a comer por amor de Jesús y de su Santísima Madre.... Luego, por la noche, volverá a darles de cenar del mismo modo.... pondrán sumo cuidado y estudio en disponer a los convalecientes para llevar en adelante una vida más arreglada, y en preparar a bien morir a los desahuciados.... Si estos falleciesen, correrá también a su cargo hacerles enterrar a expensas de la Cofradía.... y procurarán asistir a las exequias, haciendo en ello el oficio de madres que acompañan a sus hijos hasta la tumba». [1]

No obstante el delicado estado de su salud, Luisa de Marillac trabajaba sin descanso ni tregua alguna en cada Cofradía como si esta fuese la única y no pasaba a visitar otra sin que antes le hubiese dado solidez y perfeccionamiento a la que estaba siendo objeto de sus desvelos. En pocos años recorrió muchas ciudades, villorrios y aldeas, enumerándose entre sus principales visitas, hasta 1633, las practicadas en Ansiers, Saint Cloud, Villepreux y Villers-le Bel; Beauvais y los dominios de los Gondi.

En suma, hizo el bien en todos los lugares por donde pasaba, imitando al Divino Maestro; y sus labores fueron gratas a los ojos de Dios, toda vez que fueron coronados con los más halagadores éxitos, y los informes que, de lo practicado iba rindiendo a cada paso, merecieron los elogios de Vicente y su más completa aprobación; aprobación y elogios que a ella significaba en las bendiciones del cielo.

Otra de las obras trascendentales del genial corazón de Vicente fué la Congregación de las Hijas de la Caridad.

Con motivo de la misma guerra de los Treinta Años, el hambre y las enfermedades habíanse acentuado no tan sólo en los pequeños poblados, sino también en las grandes capitales y en París mismo. Aquí encontrábase Vicente, en 1633, y eran

[1] Suppl., pp. 387-394.

tantas las miserias que ante sus ojos desfilaban, que no pudo menos que interesarse a remediarlas de la más eficaz manera y, a ese fin hizo un llamamiento a las mujeres ricas y nobles para ir al socorro de los mendigos que por todas las calles pululaban y al alivio de los numerosos enfermos que en los hospitales mismos carecían de medios de curación. A semejanza de las mujeres de Chatillón, las de París respondieron presurosas al llamado, y aportaron cuantiosas sumas de dinero y, o hilaban y devanaban en sus propias casas el hilo que había de servir para hacer la ropa de los pobres o personalmente iban a los hospitales a servir de enfermeras. ¡Que hermoso sería y digno de admiración el espectáculo que ofrecerían aquellas damas, entre las cuales había princesas y duquesas, cuando ciñéndose su delantal blanco dividíanse en grupos de cuatro o cinco y se diseminaban por los distintos salones para distribuír entre los infelices, aquí una taza de caldo o de leche, allí pan, uvas, cerezas, etc.

Pero las altas atenciones de estas damas ricas y de las cuales muchas pertenecían a la corte, ocasionaban que alguna vez no pudieran prestar sus personales servicios, dando esto margen a que Vicente les pusiera sustitutas, las cuales. aunque vivían en las parroquias, quedaban a las órdenes de las damas que integraban lo que dió en ser llamado, Junta o Asociación de las Señoras de la Caridad.

Aquí comenzaba a vislumbrarse el advenimiento de las Hijas de la Caridad. Cuando apenas había cinco doncellas, Vicente las reunió en una sola casa para la formación de su espíritu en la verdadera caridad y, ¿a quién sino a Luisa de Marillac encomendó la dirección de esta importantísima obra? Sabía muy bien cuánto valía su discípula, por su ilustración, por su celo, por su prudencia para que otra y no ella hubiese sido la maestra de la comunidad que nacía para admiración de los siglos, por la abnegación cristiana de que habría de dar insólitos ejemplos. Ella y no otra debía de ser y fué la que ajustando las aspiraciones de las jóvenes a las sapientísimas reglas de Vicente las encumbrara a las más altas regiones de la santidad.

Las reglas a que sujetó Vicente a la humilde comunidad que, de día en día iba creciendo y tomando vertiginosos vuelos, y sus palabras expresadas en alguna ocasión, manifestaban qué quería que llegasen a ser esas jóvenes que la compcnían. Vicente quería que fueran verdaderas piedras preciosas; diamantes por la firmeza en su vocación, rubíes por su amor a Dios y por su grandísima caridad hacia sus prójimos; quería que fuesen esmeraldas, topacios y amatistas por las virtudes de todas clases de que habían de estar adornadas.

I lo fueron, porque así las formó la gracia, mediante la atinada